

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Los actuales pasados: la historia como frontera.

Slipak, Daniela.

Cita:

Slipak, Daniela (2009). *Los actuales pasados: la historia como frontera. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1042>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los actuales pasados: la historia como frontera política

Daniela Slipak¹

“La crítica del concepto de historia en Croce es esencial, ¿no tiene ella, acaso, un origen puramente libresco y erudito? Sólo la identificación de la historia y la política quitan a la historia ese carácter. Si el político es historiador (no sólo en el sentido de que hace historia, sino en el sentido de que, obrando en el presente, interpreta el pasado), es también un político y en este sentido (...) la historia es siempre historia contemporánea, es decir, política”. A. Gramsci. El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce.

Introducción

Orientadas por la pregunta acerca de las lógicas que definen la configuración de un campo identitario, las páginas siguientes, como adelanta nuestro epígrafe, se situarán en el intersticio entre historia y política. En este sentido, buscarán atender a un elemento particular de la constitución de una identidad política, a saber, el acto por el cual un sujeto construye un relato que aglutina e inscribe en *un* sentido posible algunos de los tantos hechos pretéritos, convirtiéndolos, así, en *su* pasado. Esto es, la instancia por la cual se inventa y articula una narración acerca del origen de un grupo, y a su vez, de sus logros y fracasos, de sus glorias y sacrificios. En suma, de los recuerdos que lo sostienen. De este modo, lo que aquí nos interesará será la práctica a través de la cual el relato de *un* pasado torna en la definición de un espacio de pertenencia, instaurando, mediante este ejercicio, fronteras que delimitan un campo homogéneo, siempre sobre la base de la exclusión de un conjunto de alteridades.

La historia argentina no parece ser una excepción a este mecanismo. Ya sea la experiencia de los primeros nacionalistas deseosos de recuperar una tradición frente al

¹ Becaria doctoral del Conicet (UNSAM-CEDIS). E-mail: danielaslipak@hotmail.com

aluvión inmigratorio,² ya sean las operaciones de los exponentes del revisionismo histórico desde comienzos de siglo, ya sea durante el primer peronismo,³ la construcción de un relato retrospectivo se encontró íntimamente ligada a la homogeneización de un espacio comunitario (minuciosamente, Svampa: 1994). No en pocas ocasiones la institución de fronteras políticas se confundió, así, con la narración histórica (Quatrocchi-Woisson: 1995). La década del setenta, en particular, lejos de escapar a dicha lógica, estuvo signada por el intento de distintos actores (el sindicalismo aunado bajo la dirección de la Confederación General del Trabajo y las 62 Organizaciones, las distintas vertientes del llamado peronismo de izquierda,⁴ entre otras) por (re)inventar una tradición, disputando, sobre todo, la significación de la experiencia del primer peronismo. En efecto, se trataba de una pugna en torno del qué de dicho fenómeno en aras de adquirir la representación o herencia legítima del mismo.

Es bajo el paraguas de estos lineamientos que quisiéramos articular las reflexiones que siguen. Luego de recorrer literatura que posibilite aprehender lo que creemos es una profunda imbricación entre política e historia en la Argentina del siglo XX, la presente ponencia se abocará a indagar ciertos aspectos de la lógica de constitución identitaria de la agrupación Montoneros, haciendo especial hincapié en la lectura que la misma realiza respecto de la experiencia del primer peronismo, y junto con ella, respecto del pasado del

²Producto de la primera ola inmigratoria al país a fines del siglo XIX, aparecen diversos escritos que buscan recuperar y resignificar a las provincias del interior geográfico ante la pérdida de identidad nacional operada en las grandes urbes. Entre dichos textos, los más relevantes –y bien sugerentes en sus títulos– son *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas, *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez, y *El payador* de Leopoldo Lugones. La tradición conservada en aquellos territorios comienza así a ser vista como principio de cohesión social, en otras palabras, como la sustancia del alma nacional. Ver, en este sentido, Svampa (1994) y Aboy Carlés (2001).

³ El discurso peronista supuso, entre otros mecanismos, la delimitación de una abrupta frontera temporal respecto de un pasado considerado oprobioso, y frente al cual adquiría sentido el espacio comunitario fundado con el peronismo. Para ello, ver Verón y Sigal (2004), y Aboy Carlés (2001).

⁴Agrupadas todas en el Congreso Provisorio de la Juventud Peronista en 1972 tras el mote de la Tendencia Revolucionaria, consistían, sin embargo, en una galaxia de diversos grupos con distinto nivel de organización, cantidad y tipo de militantes, metodología y objetivos políticos (amén del proyecto compartido de la lucha por el retorno del exilio de Perón). Entre las más importantes, se destacan Montoneros, Peronismo de Base, Descamisados, Juventudes Peronistas Regionales, Fuerzas Armadas Peronistas, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Juventud de Trabajadores Peronistas, Movimiento Villero Peronista, y Unión de Estudiantes Secundarios. Hacia entrados los setenta la mayoría de ellas confluyó en la organización Montoneros, la cual alcanzó a ser la guerrilla con más adherentes y significación en América Latina.

país *in toto*. La pregunta –y disputa- por el origen, la institución de fronteras espaciales y/o temporales, y las formas de homogeneización del propio campo identitario, por tanto, serán los elementos a indagar en Montoneros, mediante el análisis de la publicación de mayor tirada y circulación de la agrupación, a saber, la revista *El Descamisado*.

La historia como frontera política

Hacia el año 1882, en una conferencia brindada en la Sorbona bajo el título “¿Qué es una nación?”, Ernest Renan decía: “[u]na nación es, por lo tanto, una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y que aún se está dispuesto a hacer. Supone un pasado; se resume, sin embargo, en el presente por un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de proseguir con la vida en común” (Renan: 2006: 89). Dichas palabras nos sitúan de lleno en la problemática a tratar en el presente apartado. En primer lugar, abren el interrogante respecto de las lógicas de constitución de un espacio comunitario –ya sea éste una vasta nación, o bien, podríamos agregar, ya sea éste un grupo reducido, como las diversas identidades políticas al interior de aquella. En segundo lugar, no parece ser menor aquí, advierten respecto de la importancia que adquiere la dimensión temporal, puesto que, como se explicita en la cita propuesta, el establecimiento de un pasado común es lo que posibilita la reflexión acerca del horizonte futuro sobre el cual inscribir el sentido de la acción de un grupo. Tanto la definición de un espacio homogéneo así como el papel que en ello juega la construcción de una narración retrospectiva resultan puntos fundamentales a la hora de pensar las lógicas de constitución de un lazo comunitario. Vayamos, no obstante, por partes.

En relación a los procesos de constitución de las identidades políticas, varias y divergentes han sido las perspectivas de análisis propuestas desde la sociología y la ciencia política. Sin embargo, muchas de ellas coinciden en resaltar la importancia de la definición de límites que posibiliten la diferenciación de un espacio identitario respecto de un campo de alteridades. En efecto, en los orígenes de la modernidad política, el propio J. J. Rousseau, al ilustrar los principios que caracterizaban su famosa *Volonté Generale*, recordaba en *El contrato social*: “cada interés, dice el marqués d’ Argenson, tiene principios diferentes, ‘el acuerdo entre dos intereses particulares se forma por oposición al

de un tercero'. Hubiera podido agregar que el acuerdo de todos los intereses se realiza por oposición al interés de cada uno. Si no hubiera intereses diferentes apenas si se comprendiera el interés común, que no encontraría jamás obstáculos; y la política cesaría de ser un arte" (Rousseau: 1998: 16). Por tanto, como lo señala Rousseau a comienzos del siglo XVIII, el espacio de lo común se forma y adquiere entidad sólo a partir de su diferenciación –o, mejor dicho, oposición- respecto de un exterior. Y, más aún, dicha diferenciación no resulta algo del orden de lo natural o lo mecánico, sino que es producto de la decisión y el artificio de un grupo; en otras palabras, que el momento de institución de un límite (y de la definición de lo que está más allá de ese límite) es el acto de constitución de la propia comunidad. Dicha perspectiva relacional a la hora de concebir a las identidades políticas, consistente en aprehenderlas como espacios que se fundamentan en un acto de exclusión, y debido a ello, como campos intrínsecamente atravesados por el conflicto, ha sido remarcada por no pocos autores (entre muchos otros, C. Schmitt: 2001, J. Ranciere: 1996, E. Laclau: 1987, G. Aboy Carlés: 2001, y M. Novaro: 2000).

En particular, siguiendo esta perspectiva relacional de las identidades políticas, los trabajos de Ernesto Laclau recuperan la noción de hegemonía para reflexionar acerca de la forma en que la política instituye y moldea los procesos sociales (1987). La categoría de discurso tendrá aquí un lugar fundamental: lejos de remitirse, como comúnmente se acepta, a un conjunto de enunciados empíricamente observables y 'recortables', agrupables bajo la etiqueta de hechos lingüísticos, dicha categoría refiere, más bien, al todo relacional que articula socialmente y da sentido a objetos y/o acciones. En otras palabras, puesto que el significado de estos últimos no puede determinarse de manera intrínseca, es necesario atender a los entramados relacionales, esto es, a los discursos en el cual dicho significado es construido. Así, concibe a la práctica hegemónica como momento articulador en el cual una demanda social se convierte en "superficie de inscripción" de otras demandas sociales, vaciándose de su particularidad, y proponiendo un principio de inteligibilidad que logra subvertir la diferencia existente entre aquellas; todo ello producto de un proceso de lucha y, finalmente, represión de una multiplicidad de posiciones que intentan imponer determinado sentido en una situación dada. Es, entonces, a través de esta lógica, consistente en la subversión parcial de la diferencia por la equivalencia entre un conjunto de demandas, que

pueden fijarse límites antagónicos, excluyendo un campo de alteridades, y conformando solidaridades estables al interior de los mismos, a saber, identidades políticas.

Gerardo Aboy Carlés, por su parte, siguiendo y profundizando la línea de análisis propuesta por Laclau, concibe a las identidades políticas como “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de los asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia” (2001: 54). En particular, distingue tres dimensiones analíticas para estudiar los procesos de constitución de los sujetos políticos: la diferenciación respecto de una alteridad, que posibilita la demarcación de los límites identitarios; la representación, mediante la cual se define el interior del espacio comunitario; y, por último, la perspectiva de la tradición, que atiende al ejercicio de construcción de una trama narrativa que entrelaza pasado y futuro, dotando de sentido la acción presente.

La definición que propone Aboy Carlés, y particularmente la última dimensión que éste distingue para el estudio de las identidades políticas, nos remite nuevamente a la cita de Renan. Hemos señalado cómo allí se vuelve fundamental la narración sobre un pasado común en la definición de un espacio de pertenencia. La nación, para aquel autor, no residía en elementos del orden de lo material o etnográfico, esto es, compartir un territorio, una raza, una lengua. Antes bien, se trataba de un “alma común” generada a través de la posesión compartida de un legado, formado este último por recuerdos acerca de triunfos y fracasos, de glorias y pesares. Y, continuaba Renan, dicha herencia poco necesitaba proclamarse fiel a la historia; el olvido resultaba parte constitutivo en la articulación de ese relato. En sus propias palabras: “el olvido, diría incluso el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, de ahí que el progreso de los estudios históricos resulte a menudo un peligro para la nacionalidad. La investigación histórica, en efecto, descubre los hechos violentos acaecidos en el origen de todas las formaciones políticas, incluso aquellas cuyas consecuencias han sido de lo más benéficas” (Renan: 2006: 35). La

homogeneización de un espacio comunitario, por tanto, hacía necesaria la construcción de un relato como modo de dar sentido a la acción presente, herencia que posibilitaba, a su vez, la definición de un horizonte futuro para el grupo. Y poco tenían que ver ellas, o por lo menos, no de manera necesaria, con la “realidad” fáctica de los hechos pretéritos, sino con el establecimiento de un imaginario que integrara e instituyera límites identitarios. Era esa la forma por la cual individuos podían establecer un lazo y mantenerlo a futuro. Desde la propuesta teórica de Aboy Carlés, se trataba de la invención de una tradición, es decir, de una trama que posibilitara ordenar e imbricar pasado y futuro, en aras de dar sentido a la acción presente de un colectivo. La diacronía aparecía, así, tiñendo los procesos de constitución de las identidades políticas.

Por su parte, a mediados de siglo XX, en su célebre texto *Sobre la revolución*, Hannah Arendt había sugerido algunos argumentos que creemos tienen pertinencia para lo que aquí nos interesa. El contrato y la promesa, según la autora, adquirirían un lugar fundamental a la hora de pensar la política, y más específicamente, los momentos de instauración y mantenimiento de las comunidades políticas.⁵ En efecto, aquello que daba fuerza al lazo entre los hombres (sólo pensable en un espacio plural, donde los individuos pudieran expresar su distinción frente a otros iguales a ellos, revelando así su identidad, o en palabras de Arendt, su “quién”) era la figura del pacto, ejemplificada con la experiencia del Mayflower, en la cual los peregrinos habían decidido, antes de llegar a continente americano, darse un contrato entre ellos y fundar, de esta forma, un cuerpo político. La autoridad que se le daba a dicho contrato no suponía apelar a alguna instancia trascendente de orden monárquica o religiosa sino que se fundaba en sí misma. Y, proseguía la autora, aquello que luego del momento de la fundación del cuerpo político sostendría el lazo entre los hombres era el acto de re-ligarse a ese pacto, a esa promesa, una y otra vez a lo largo del tiempo. En este sentido, “la fuerza con que el pueblo americano se adhirió a su Constitución no fue la fe cristiana en un Dios revelado, ni la obediencia hebrea al Creador que era, a la vez, Legislador del universo. Si su actitud frente a la Revolución y la

⁵ Dice Claudia Hilb al respecto: “la política en la modernidad, si ha de fundar la libertad, habrá de ser forma y repetición de la promesa. Ya no hay fe religiosa ni autoridad tradicional que pueda dar legitimidad a la fundación. Sólo en la **rememoración**, en la repetición de la original –promesa de preservación de la pluralidad originaria (...)– encuentra la modernidad política la posibilidad de su libertad” (Hilb: 1992: 183-184) (subrayado nuestro).

Constitución ha de llamarse religiosa, entonces la palabra ‘religión’ debe ser entendida en su sentido original romano, en cuyo caso su piedad consistiría en *religare*, en religarse a un origen, del mismo modo que la *pietas* romana consistía en sentirse religado al origen de la historia romana, la fundación de la ciudad eterna” (Arendt: 2004: 272). La dimensión temporal, que, como hemos delineado, atravesaba las reflexiones de algunos autores sobre la constitución de los sujetos políticos, aparece tiñendo el pensamiento de Arendt acerca de la comunidad política. Lo que sostiene un espacio de pertenencia entre los hombres, su espacio de aparición, es, sobre todo, el vínculo con origen, esa acción de recordarlo y establecer una atadura con el mismo. Era la rememoración del pasado lo que evitaba, por tanto, el desdibujamiento de los límites comunitarios. En suma, pasado y presente, aquí también, se imbrican a la hora de pensar la existencia de grupos políticos.

Una última referencia que no resulta disonante en relación a lo expuesto. En *Educación y política. De la historia personal a la comunión de las libertades*, al preguntarse acerca de la historia, Paul Ricoeur distingue dos acepciones de la misma: la historia como disciplina científica o la historia como narración común de un pueblo, una nación. Interesado en esta última, advierte: “quisiera insistir sobre el error tan corriente según el cual el pasado está detrás de nosotros como algo terminado, cerrado, determinado: olvidamos que siempre está abierto a nuevas interpretaciones, y que, en ese sentido, el pasado, al menos el sentido del pasado está siempre inacabado y en proceso de interpretación (...) Si no hacemos la historia, tampoco somos hechos por la historia. Somos responsables de un pasado recibido pero bajo la condición de una transmisión siempre generadora de sentidos nuevos” (Ricoeur: 1984: 69). Según esta perspectiva, la tradición, por tanto, remite a un ejercicio activo que no supone la transmisión de un legado muerto sino una recepción activa y transformadora. Se encuentra marcada, de este modo, por una tensión irreductible entre un proceso de sedimentación y un acto de innovación, entre lo que se recibe y lo que se crea. Veamos ahora qué resulta de esta mediación en la Argentina del siglo XX.

La historia como forma de la política argentina

En un minucioso e interesante trabajo titulado *Civilización o barbarie*, Maristella Svampa se aboca a aprehender los desplazamientos que sufriría, a lo largo del siglo XX, aquella imagen sarmientina presente en el *Facundo*, bajo la hipótesis de que dicha dicotomía marcaría de un modo definitivo la política argentina. Era esa imagen la que sintetizaba otras oposiciones propias de la historia del país, que habían dado origen a conflictos irreconciliables: unitarios/federales, causa/régimen, peronismo/antiperonismo, pueblo/oligarquía, patria/imperio, entre tantas más. Indagando, así, en dichos dualismos, la autora muestra cómo en distintos escenarios desde la instauración de la nación, política e historia se habían visto entremezcladas en la sucesión de los acontecimientos. Primeramente en los nacionalistas de principios de siglo, fuertemente aferrados a la tradición como forma de proyectar una integración nacional en contraposición al aluvión inmigrante, naturalmente extranjerizante. Posteriormente, el revisionismo histórico de la década del '30, buscando recuperar la figura del caudillo y de lo nativo, estigmatizada por la versión oficial de la historia. Se trataba de resaltar la barbarie anteriormente denostada, denunciando así a la oligarquía, la cual había desnacionalizado al país de la mano de su proyecto civilizatorio. Por su parte, la experiencia del peronismo reactualizaría más adelante la imagen sarmientina, y a su vez, ligaría las disputas del presente con la lectura del pasado. Revisionistas de la década del '50, así como la izquierda nacional del '60 y '70, coadyuvarán a una lectura que recuperaría el polo bárbaro de la dicotomía, enmarcándolo en un enfoque marxista. La línea de continuidad entre las montoneras del siglo XIX, Yrigoyen, y Perón expresaba diversos modos en que se había dado la lucha de clases en el país, encarnada en el conflicto entre pueblo y oligarquía, y cuya culminación necesaria se situaba en la realización y liberación del pueblo.

En todos estos casos, apelar a la historia se convertía en un modo eficaz de realizar una partición del campo político. Se trataba de (re)inventar el pasado, reordenar el sentido de los hechos pretéritos, para posicionarse, mediante ese ejercicio, en los conflictos del presente. El pasado, así, devenía una “metáfora del presente”, y posibilitaba la demarcación de fronteras identitarias. Afirma Svampa: “como nunca antes en la historia nacional, el pasado se convirtió en un libreto imaginario del presente; los actores sociales cedieron ante las representaciones literarias. La historia (...) devino la mayor fuente de legitimación”, y

más adelante, “no se trataba de vivir o de hacer historia, sino de recordarla o creer vivirla recordándola” (Svampa: 1994: 264/365).

No tan alejadas de estas reflexiones se encuentran algunas afirmaciones de Tulio Halperin Donghi en “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”. Allí, el autor, luego de explorar la forma que había adoptado el primer revisionismo a principios del siglo XX, consistente en articular un relato que enaltecía la época de Rosas como el “paraíso perdido” al cual se debía regresar, se aboca a indagar las características que había tenido el neorrevisionismo de la década del '60. En este sentido, señala cómo este último había realizado una lectura particular de la experiencia peronista, inscribiéndola en una línea de continuidad que partía de las montoneras del siglo XIX, pasaba por Yrigoyen, Perón, y desembocaba en la promesa futura de la revolución nacional y popular. A diferencia del revisionismo clásico, desplazaba el foco anteriormente puesto en el rol del conductor de las masas (el caudillo) hacia las masas mismas, como portadoras autónomas de la liberación del país. El punto es, para Halperin, mostrar cómo década tras década argentina, de la mano del revisionismo, la lectura del pasado deja de ser una disciplina historiográfica para convertirse en un modo de legitimación de las posiciones políticas. En sus propias palabras, “el revisionismo es cada vez menos una corriente historiográfica, y cada vez más la construcción de alegorías retrospectivas destinadas a dotar de alcurnia tradicional a las posiciones políticas favorecidas por los distintos autores revisionistas (...) aun indagadores deseosos de entender el pasado terminan por entregarse a esa actividad más mito-poética que histórica (...) llevada al límite, la empresa revisionista parece encontrar así cauce más adecuado en la poesía que en la historiografía” (Halperin Donghi: 1996: 124-125). O bien, como nos lo había advertido Renan unas páginas antes: “la esencia de una nación es que todos los individuos tengan mucho en común, y también que todos hayan olvidado muchas cosas” (Renan: 2006: 37-38).

Por su parte, en *Los males de la memoria. Historia y política en Argentina*, Diana Quatrocchi Woisson recorre la génesis, las transformaciones y el destino de la corriente historiográfica revisionista, demostrando la fuerte relación establecida entre historia y política durante el siglo XX argentino. Surgido a partir de la recuperación de la experiencia rosista, y fuertemente atravesado por una actividad de índole militante, el revisionismo es

descrito como respuesta articulada frente a la preocupación por la identidad nacional: en contraposición a los males de la Argentina presente, producto de un proyecto elitista, extranjerizante y liberal, propone desenterrar la Argentina olvidada en Caseros, la de los caudillos federales y las masas bárbaras autóctonas. Un principio de lectura dicotómico del espacio social y político que, vía la revalorización de una época pasada, desestimaba la coyuntura presente. En palabras de la autora: “la puesta al día de un pasado excluido debía servir para despertar una identidad nacional en letargo” (Quatrocchi-Woisson: 1995: 138). Y, cuestión no menor para nuestro próximo apartado, el libro advierte la serie de mediaciones que a lo largo de los años serían necesarias para imbricar al revisionismo con el peronismo. Puesto que, lejos de lo que comúnmente se cree, el primer peronismo distaba de adscribir a dicha corriente historiográfica,⁶ se habría necesitado tanto del discurso antiperonista (que buscaba hacer equivalentes a Rosas y Perón mediante la etiqueta fascista, de ahí el mote de “segunda tiranía”) así como de los coqueteos del ex presidente durante la época del exilio para acercar ambos universos de sentido. Veremos qué podemos aportar a esta idea en el párrafo que sigue.

Finalmente, en *Las dos fronteras de la democracia argentina*, asimismo, Aboy Carlés dedica varias líneas al punto que aquí nos interesa. En el análisis de las principales identidades políticas del país, dicho autor expone cómo la invención de una tradición por parte de los diversos actores, esto es, la construcción de un relato acerca del pasado así como el establecimiento de una promesa futura sobre la cual significar la acción presente, tornan en un elemento fundamental para la constitución de un espacio homogéneo. El yrigoyenismo, el período del peronismo clásico, la etapa de la Revolución Libertadora, las décadas del '60 y '70 e, incluso, la política posterior a la última dictadura militar (1976-1983) se verían teñidos por dicha lógica. Como afirma Aboy Carlés, “unos y otros aparecían ahora como herederos de un enfrentamiento pretérito en una clara actualización del pasado en función del presente” (Aboy Carlés: 2001: 143). Y, respecto del escenario político al cual nos remitiremos en el próximo apartado, “si bien reconociendo los

⁶ Más allá del rol que pudieran jugar algunos diputados peronistas (John William Cooke se acercó al revisionismo hacia 1950, asumiendo finalmente la vicepresidencia del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas), Perón se había resistido sistemáticamente a identificarse con dicha corriente. En sintonía con la versión canónica de la historia, había bautizado las líneas ferroviarias con los nombres de los héroes de esta última: Mitre, Sarmiento, Urquiza, San Martín. Asimismo, se negaría a repatriar los restos de Rosas. Para ver la disputa que tanto peronistas como antiperonistas realizaban de la tradición liberal, consultar Plotkin (1993).

antecedentes previos en la historiografía argentina, la transformación de la tradición en una dimensión básica que consolidó y dio rigidez a las principales identidades políticas en Argentina es un fenómeno que cobraría especial importancia en la segunda mitad de los años '50, tras el derrocamiento del peronismo” (2001: 145). En este sentido, Svampa también advertiría, “tocaría a Montoneros, en los años '70, cristalizar dicha encarnación. En verdad, Montoneros fue el último heredero de cierta concepción del país y su historia” (Svampa: 1994: 361). Sin más preámbulos, vayamos hacia allí, entonces.

La historia desde *El Descamisado*

La aparición de Montoneros en la escena política argentina data del 29 de mayo de 1970, con el secuestro y “ajusticiamiento” de quien había sido ícono del antiperonismo desde 1955, el general Pedro Aramburu. Luego de dicha aparición, la organización sufriría algunos traspies, para posteriormente fortalecer su gravitación en la escena pública hasta ocupar un rol preponderante en la campaña electoral que llevaría a Héctor Cámpora, en ese entonces delegado Perón, a obtener la presidencia de la República en marzo de 1973. La gran cantidad de militantes que nutrirían la agrupación provenían de diversos círculos y redes gestadas desde la década del '60, de la mano de algunos acontecimientos que marcarían tanto al continente americano como al mundo (la Revolución Cubana, el Concilio del Vaticano II, la fundación del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, el Mayo Francés, la Revolución Cultural China, entre tantos otros). La creciente conflictividad de índole económica, social y política que atravesaba al gobierno de facto de Onganía, a su vez, coadyuvaría a dar el tono a quien sería una de las guerrillas más populosas de América Latina. Sin embargo, no es nuestro interés aquí realizar un análisis organizacional de la misma,⁷ antes bien, quisiéramos explorar, retomando las problemáticas descritas en los apartados precedentes, el modo en que Montoneros (re)inventaba una tradición, es decir, proponía, mediante la lectura del pasado, una partición del campo político presente, definiendo así las fronteras de su espacio identitario. Recurriremos, para ello, a la revista de mayor circulación de la agrupación,⁸ la cual, de manera ilustrativa para

⁷ Ver para ello, Richard Gillespie (1987) y Lucas Lanusse (2005).

⁸ Se calcula que la revista *El Descamisado* tuvo de 40000 a 60000 ejemplares por número (Sigal y Verón: 2004).

nuestro punto, publicaría una historieta con la narración de la historia argentina de los últimos 450 años, remontándose a la etapa de colonización española del territorio indio.

Varios elementos a señalar, entonces. Por un lado, podríamos admitir que no resultan extraños a las páginas de *El Descamisado* muchos de los tópicos que han marcado sistemáticamente el imaginario político y cultural argentino, articulado bajo la dicotomía sarmientina de las dos Argentinas, es decir, de manera esquemática, la del pueblo y la de la oligarquía. Este conflicto fundamental aparece, en el discurso montonero, como el principio ordenador no sólo del escenario político del momento sino también de todos los años transcurridos desde la llegada de los españoles al continente. La etapa del Virreinato, la Revolución de Mayo, los enfrentamientos entre unitarios y federales, los gobiernos de la República Argentina, en todos ellos se reproducía esta dicotomía pueblo/oligarquía. Recreación invariante de la misma batalla y los mismos actores, las mismas fechas e, incluso, los mismos nombres. En relación a las invasiones inglesas, como uno de los tantos ejemplos:

“La invasión inglesa ha sido vencida. No por el ejército español: el ejército profesional fracasó completamente. Tampoco por el **aparato burocrático** que no vaciló en pactar con el enemigo. La primera invasión inglesa ha sido vencida por el **pueblo en armas**. Por una explosión de las bases que rebasó a los conductores, un verdadero **17 de octubre** que aplastó al invasor extranjero (...) se organizan las milicias populares (...) la movilización es un estallido, el enemigo está ahí pero las bases no vacilan, y en una noche cavan las trincheras y preparan las defensas que la **burocracia** fue incapaz de disponer en todo un año (...) Dos **Juanes** como el Juan cualquiera aquel, Juan paisano y Juan esclavo, codo a codo con otros tantos Juanes (...) Allí ese cañón, hay que tomarlo! Vamos, **compañero!**” (ED, número 14, página 20-21) (negritas nuestras).

En relación a este esquema, Verón y Sigal señalan en *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*: “la historia es una historia *inmóvil*, cuyos episodios son meras repeticiones de un mismo acontecimiento: la lucha del bloque Pueblo-Patria contra el Imperialismo, una sucesión de diecisiete de octubre y de septiembres de 1955” (Verón y Sigal: 2004: 196) (cursivas en el original). Y dicha disputa, prosiguen su argumento los autores, encontraba su origen en los postulados del revisionismo histórico.

Cabría aquí, sin embargo, desmenuzar esta sentencia.⁹ Por un lado, preguntarse acerca de los modos en que el discurso montonero recibe la herencia revisionista, puesto que no necesariamente, como hemos visto con Ricoeur, dicho ejercicio está bloqueado a desplazamientos de sentido. Por otro lado, si es que peronismo y revisionismo aparecen de la mano, como sugieren Verón y Sigal, lejos de ser un matrimonio que vaya de suyo, es producto de una serie de mediaciones en las cuales el rol desempeñado por la izquierda peronista durante los setenta podría no ser menor. Quatrocchi Woisson había resuelto rápidamente esta unión ubicando su génesis en ciertas declaraciones de Perón desde el exilio (más específicamente, su libro *Los vendepatria: las pruebas de una traición*), y el rol de algunos intelectuales durante dicho período. Producto de lo cual, afirma: “el revisionismo ha encontrado su domicilio permanente en una gran fuerza social y política y (...) de ahora en más su suerte está indisolublemente ligada al futuro político del peronismo” (Quatrocchi-Woisson: 1995: 316). No obstante, ¿los siempre pendulares coqueteos de Perón desde el exilio y las intervenciones de algunos intelectuales suponen *per se* una imbricación inmediata entre ambas tradiciones, su expansión y sedimentación en el imaginario político argentino? Si esto es así, cabría por lo menos dirigir la mirada al rol que en ello haya podido jugar la izquierda peronista.

Ahora bien, respecto de los desplazamientos de relatos otrora articulados, no son pocos los elementos a señalar. El pueblo de la dicotomía que atraviesa invariante pasado, presente y futuro (haciendo, de este modo, desdibujar el sentido de esas categorías), lejos está de ser el pueblo descrito por el primer revisionismo o por el propio Perón. Mientras que aquellos enfatizaban en el rol articulador del caudillo o líder,¹⁰ Montoneros hacía hincapié en la capacidad de organización autónoma de los sectores populares, que

⁹ Por su parte, Aboy Carlés respondería al planteo de Verón y Sigal: “las relaciones entre política e historia nos deparan una complejidad mayor que la que esta apreciación introduce (...) Toda producción historiográfica, más o menos resistible a las críticas que se le formulen, está atravesada por una herida ineludible que la constituye como la reinención de un pasado, una hermenéutica que establece desde un contexto presente lo que aquel habrá sido. El fuerte desarrollo de la dimensión de la tradición en las identidades políticas argentinas bien puede constituir un rasgo singular y distintivo cuyo estudio merece especial atención, pero su origen no está en el revisionismo, se remonta más allá de él” (Aboy Carlés: 2001: 140).

¹⁰ Para la recuperación que realiza el primer revisionismo de la barbarie, siempre en nombre del líder y nunca de la masa, ver Svampa (1994). En el segundo caso, basta con el *Manual de Conducción Política*, en el cual se observa cuán lejos se encontraba Perón de reivindicar a las masas en un estado inorgánico.

adquirían, incluso, el mote de “milicias populares”. Se trataba, a lo largo de *El Descamisado*, de un pueblo combativo antes que pasivo. Y, siguiendo esta conceptualización, su relación con el líder era planteada bajo la forma de un vínculo siempre directo, rechazando cualquier tipo de mediación institucional.¹¹ Entre otros casos:

“Se inicia una etapa de reconstrucción donde el pueblo ha de darse una **participación activa** en las tareas de gobierno” (*ED*, número 2, página 15) (negritas nuestras).

“La realidad del regreso [en alusión a Perón] está dada por el encuentro físico, por el **diálogo directo**, cuando los intermediarios que venimos sufriendo se convierten en figuritas de papel (...) la **burocracia** no capitaliza la relación líder-masas” (*ED*, número 16, página 2) (negritas nuestras).

“La raza de Chilavert [en referencia al un coronel de las tropas de Rosas muerto en la batalla de Caseros], el hombre que supo asumirse **pueblo**, no se termina nunca...ahí la tenemos ahora, viva para siempre, en los **combatientes** de hoy” (*ED*, número 41, página 24) (negritas nuestras).

“Porque cuando el pueblo, el auténtico pueblo encumbró a sus pares, salidos no de las esferas del oro sino de su seno, de su seno, de sus bases, fue motor de la historia. Como cuando Rosas...como con el General Perón en el 55...” (*ED*, número 43, página 20).

Y, en estrecha relación al punto anterior, la oligarquía asumía, muchas veces, la camiseta de la burocracia, o, en términos más generales, de la mediación institucional, desplazamiento que no resultaba extraño dada la creciente rivalidad que existía entre diversos actores que reclamaban para sí la herencia peronista (y donde la voz más fuerte la llevaba el sindicalismo aunado en la CGT y las 62 Organizaciones). Como es harto conocido, en disputa por ocupar el rol de portavoces de la palabra de Perón, sectores de la Tendencia Revolucionaria y grupos sindicales desplegaron un conflicto que adquirió una tintura cada vez más violenta, sobre todo con la muerte del ex presidente. Y, lejos de pasar desapercibido, este fuerte enfrentamiento aparece tiñendo el modo por el cual se narra la historia en las páginas de *El Descamisado*. Veamos algunos extractos en relación a ello:

¹¹ Respecto del vínculo Perón/pueblo, resulta interesante la indagación que realiza Emilio de Ípola en “Desde esos mismos balcones. Nota sobre el discurso de Perón del 17 de octubre de 1945” (Torre: 1995). Allí muestra, entre otras cosas, el desplazamiento de sentido que la Juventud intenta realizar respecto del vínculo tradicional, constitutivamente asimétrico, que Perón había tenido con los trabajadores en la Plaza de Mayo.

“Vandorismo, participacionismo político y sindical, que utilizan matones a sueldo tratando de intimidar al pueblo peronista, pueden ser considerados como enemigos internos y actuaremos con ellos de la misma forma que como actuamos contra todos los enemigos del pueblo” (ED, número 5, página 2).

“Tenemos ahora los peores enemigos dentro del movimiento (...) durante 18 años estos sectores han especulado con la **distancia entre Perón y el pueblo**” (ED, número 6, página 6) (negritas nuestras).

“Guerra nacional a muerte contra el imperialismo de Napoleón y contra la aristocracia y la **burocracia nativas** que quisieran pactar con el enemigo, afrancesarse para seguir con sus privilegios” (ED, número 15, página 20) (negritas nuestras).

“El 25 de mayo de 1810 el pueblo impone su voluntad para verla burlada en seguida. Tan igual al 25 de mayo de 1973 con el pueblo imponiendo la línea argentina, la línea justicialista. Línea castrada tan pronto por los **burócratas y los entreguistas de siempre**” (ED, número 16, página 22) (negritas nuestras).

Ahora bien, la eterna repetición de una lucha de actores inmutables desdibuja un elemento no menor, como hemos visto con Renan, a la hora de conformar una comunidad. Pero agreguemos, antes de continuar, una distinción sugerida por Aboy Carlés en *Las dos fronteras de la democracia argentina*, relativa a la existencia de dos modos distintos de demarcar fronteras y homogeneizar un espacio identitario: por un lado, una frontera respecto de un campo de alteridades, de actores del escenario político que se excluyen por fuera de los límites del grupo; y, por otro lado, una frontera temporal, en la cual el otro no se encarna en un conjunto de sujetos del ahora sino en un estado de cosas pasado, recurrentemente demonizado, y frente al cual, vía instauración del origen del grupo, se reivindica la situación presente. En palabras del autor, “cuando se produce un cierre del campo de las conflictividades internas, la imagen del adversario se proyectará hacia el pasado, reactualizándose como un retorno amenazante de ese pasado cuando se activa nuevamente el principio de escisión que dio su origen a la identidad” (Aboy Carlés: 2001; 160). Dicho mecanismo, consistente en el desplazamiento de ambos modos de instaurar una frontera política, había atravesado, prosigue el argumento de Aboy Carlés, a las principales identidades políticas del país.

En Montoneros, sin embargo, más que poder distinguirse estos tipos de frontera (una sincrónica que diferencia a la identidad de actores presentes, y otra diacrónica que lo diferencia de una época pasada), se observa una fusión de las mismas: no existe, para la agrupación, un momento en el cual ellos se constituyen, se dan “nacimiento” –para utilizar la terminología arendtiana- por contraposición a un pasado leído de manera peyorativa, y frente al cual se homogeneiza el espacio identitario.¹² Se trata, muy por el contrario, de la traslación de un conflicto presente (el enfrentamiento fundamental entre el pueblo y la oligarquía) a escenarios pretéritos, de manera repetitiva, una y otra vez. Según las páginas de *El Descamisado*, el campo de pertenencia montonero no adquiere vida sólo en la década del setenta, como podría suponerse; antes bien, constituye un nosotros que puede encontrarse sucesivamente a lo largo de la historia argentina: en la experiencia de la llamada Resistencia durante los 18 años de proscripción del peronismo, en los dos primeros gobiernos de Perón a mediados de siglo, en la Argentina ‘autóctona’ negada a partir de la batalla de Caseros, en las montoneras criollas, y así, *ad infinitum*. En este sentido, podríamos decir, el espacio identitario no está marcado por un origen situado en algún momento preciso sino que siempre estuvo allí, en disputa con sus adversarios.¹³ Ambas formas de demarcar los límites en relación al otro que vimos señalaba Aboy Carlés, de este modo, se pierden en el discurso montonero, haciendo diluir la separación estricta entre categorías espaciales y temporales.

Por último, en la revista se realizaba un desplazamiento que inscribía los temas revisionistas en un marco de interpretación marxista, notablemente teleológico, que hacía de la victoria final un horizonte necesario de la revolución y la lucha popular, entendido este proceso en términos de superación de etapas. Marcha inevitable hacia la realización del pueblo que parecía no estar desfasado con las modas de la época:

¹² Asimismo, podríamos agregar, tampoco existe en el imaginario montonero uno de los elementos que había caracterizado al primer revisionismo, esto es, la tesis decadentista según la cual se glorifica un pasado (la época rosista) en contraposición a un presente repudiado. Acerca de esta característica del revisionismo clásico, ver Halperin Donghi (1996) y Quatrocchi-Woisson (1995). En lugar de la glorificación de un pasado perdido, lo que aparece más bien en *El Descamisado* es la eterna repetición de un paraíso incansablemente frustrado.

¹³ “La presencia de estos combatientes no tiene un comienzo: siempre han estado allí, contemporáneos al nacimiento de la Patria, dejándose matar, resistiendo, obteniendo pasajeras victorias” (Verón y Sigal: 2004: 197).

“Permanecer en estado de alerta manteniendo y desarrollando las formas organizativas que nos permitan continuar la lucha en todos los terrenos hasta la toma del poder (...) La construcción del poder popular es un proceso iniciado hace 18 años en el cual llegar al gobierno es un paso que facilita, en tanto sepamos darlo, el desarrollo de ese proceso cuya culminación será alcanzada con la toma del poder económico y militar” (*ED*, número 2, página 2).

“En este marco la juventud tiene una función asignada históricamente: la de efectivizar el trasvasamiento generacional concebido por nuestro conductor junto a la actualización doctrinaria como elementos clave para transitar exitosamente por el camino de la reconstrucción y la liberación en los marcos del socialismo nacional” (*ED*, número 16, página 26).

Por tanto, aparición de tópicos precedentes, podríamos reconocer, pero desplazados en su sentido. La apropiación del pasado, en efecto, como hemos desarrollado en previos apartados, no se remitía a una mera reproducción de un legado ya constituido, sino que consistía en una invención que se hacía desde el presente, una lectura retrospectiva desde el ahora, que se convertía en el modo de demarcar límites identitarios y de establecer un enfrentamiento entre los diversos actores del período. Es por ello que, amén del modo por el cual la agrupación desplaza y así (re)inventa algunos tópicos ya característicos del imaginario político del país (la defensa del pueblo; el rol de los gauchos federales durante el siglo XIX; la reivindicación de los valores criollos; la denuncia de la oligarquía; la imagen, en suma, de las dos Argentinas), resulta asimismo relevante la reproducción que allí se advierte respecto de una forma por la cual se había manifestado la política desde los orígenes de la Nación, a saber, la (re)invención de la historia como modo de desplegar una lucha presente. Reapropiación de formas, sobre todo, antes que de contenidos. La lógica política bajo el ropaje de la historia. Ambas, tan imbricadas a lo largo del siglo XX argentino, brotaban entremezcladas, una vez más, en la práctica de Montoneros.

Palabras finales

Como advertíamos con nuestro epígrafe, las páginas precedentes intentaron, sin negar la relevancia de la disciplina historiográfica, proponer, de manera exploratoria, otra lectura posible del concepto de historia, una que la acercara a la práctica política. En efecto,

hemos visto de la mano de distintos autores cómo a lo largo del siglo XX argentino, política e historia se habían visto superpuestas a la hora de aprehender las lógicas de constitución de las identidades políticas. Atravesando los procesos de conformación de los sujetos políticos desde comienzos de nuestra nación, la lectura del pasado, la (re)invención de una tradición, tornó en un modo legítimo de delimitar fronteras políticas y demarcar espacios identitarios homogéneos. No resuenan extrañas, entonces, algunas palabras de Gramsci: “el presente actuante no puede sino continuar, desarrollándolo, al pasado: no puede sino estar injertado en la ‘tradición’” (Gramsci: 2008: 230).

La práctica de Montoneros, en particular, la construcción de un relato retrospectivo en las páginas de *El Descamisado*, no parecía escapar a dicha forma de la política del país. Apropriándose de tópicos que habían caracterizado al revisionismo histórico y al peronismo, pero desplazándolos, sin embargo, según los puntos de partición del espacio político presente: los cambios culturales a nivel mundial, los aires revolucionarios del marxismo sesentista, el conflicto con el sindicalismo al interior del Movimiento Peronista, la relación problemática con el propio Perón. Más que herencia de un legado, (re)invención del mismo. Y, así, reproducción de aquello que había marcado a fuego al país, un modo por el cual política e historia, lejos de asumir una existencia autónoma, se confunden hasta volver difusos sus límites.

Bibliografía

- Arendt, H. (2004). *Sobre la Revolución*, Alianza Editorial, Madrid.
- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario.
- De Riz, L. (2000). *La política en suspenso 1966/1976*, Paidós, Buenos Aires.
- Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón. Los montoneros*. Grijalbo, Buenos Aires.
- Gramsci, A. (2008). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Halperin Dongui, T. (1996). *Ensayos de historiografía*, Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires.
- Hilb, C. (1992). “Intramuros ¿Puede haber un mundo sin promesa?” en *Revista Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, número 1.
- James, D. (2005). *Resistencia e integración*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Laclau, E. y M., Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Lanusse, L. (2005). *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Vergara, Buenos Aires.
- Maquiavelo, N. (1987). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Alianza editorial, Madrid.
- Novaro, M. (2000). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario.
- Plotkin, M. (1993). *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires.
- Quatrocchi-Woisson, D. (1995). *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé Editores, Buenos Aires.
- Schmitt, C. (2001). *Carl Schmitt, teólogo de la política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sigal, S. y E. Verón (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*.
- Svampa, M. (1994). *Civilización o barbarie*, Taurus, Buenos Aires.
- Ranciere, J. (1996). *El desacuerdo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Renan, E. (2006) *¿Qué es una nación?*, Sequitur, Buenos Aires.

-Ricoeur, P. (1984). *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*, Editorial Docencia, Buenos Aires.

-Rousseau, J. J. (1998). *El contrato social*, Editorial Purrúa, Buenos Aires.

-Torre, J. C. (1995). *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires.

-Tomo IX “Violencia, proscripción y autoritarismo” de La Nueva Historia de Editorial Sudamericana.

Fuentes documentales

Revista *El Descamisado*, números 1-46, 1973-1974.